

—No, señora, ó todo ó nada; ó como caminan las gentes decentes, ó no vamos.

—Dios nos saque con bien.

—No te apures, que con las cartas del licenciado nada nos faltará en México; qué buen sujeto es éste, yo lo aprecio mucho.

—¡Qué atento!

—¡Qué bien criado!

—¡Es un sabio!

III

PREPARATIVOS Y VIAJE

Los amables esposos emprendieron luego sus preparativos con grande empeño para concluir pronto.

—No hay que perder tiempo, vete á despedir de todos mis compadres del rumbo de la Parroquia para abajo, que yo lo haré por el rumbo de arriba, dijo don Roque.

Como anuncio telegráfico se supo luego en el pueblo el viaje á México de don Roque y su esposa; todos decían que sería lo mismo que siempre, que después de correr de aquí para allí, despidiéndose y pidiendo órdenes, llegaba el día del viaje, y la pareja, en vez de estar en camino, estaba en su casa triste y desolada, quejándose de su mala suerte y de sus compadres que los habían olvidado. Mas ahora sí era de veras; la criada y el criado, que formaban su servi-

dumbre, se hallaban en continua fatiga para preparar la partida; el gallinero había quedado vacío por la mano terrible de la primera, y el criado no paraba de ir con recados de doña María Procopia á casa de todos sus compadres.

—José, le decía, ve á casa de mi comadre doña Anita, y dile que me preste su quitasol; á mi comadre doña Sinfrosa que vas por el tápa'o y las medias; á doña Chepita que te dé la mascada y el pañuelo, y á mi comadrita doña Anselma que no deje de mandarme su gorro y peinetitas, y el ridículo. Cuidado como te dilatas.

—Mujer, dijo al llegar don Roque, jadeando de cansancio y sentándose en su "camapé" de tule, ¿todavía no acabas?

—Hasta la noche no quedará todo arreglado, ya voy á cerrar el baúl, y el maletón será por la mañana temprano; por lo que es el "hitacate" ya poco le falta.

—Pues ya yo todo lo concluí; mi compadre el barbero fué y arregló con el cochero de las diligencias los asientos, por una gaña que le daremos aquí, con la condición de que antes de llegar á la posada nos hemos de bajar, y á otro día temprano lo hemos de ir á esperar un poco más allá del camino. Mira, aquí están las cartas del licenciado, que nos encomienda hasta con los ingleses sus amigos, y un señor vedel de la universidad, su íntimo amigo y gran-

de persona, para que nos enseñe el caballo; y además me asegura que con confianza mandemos, que allí nada nos faltará. Conque así, apúrate, apúrate, hoy sí es de verdad nuestro viaje.

A la oración las visitas y curiosos habían ocupado todos los asientos de la casa de don Roque, que más bien por divertirse que por otra cosa, habían ido á verlo y á su esposa. La mayor parte de sus compadres y conocidos les habían llevado muchas cartas, que á decir verdad, no eran de recomendación, pero sí de encargos, con muchos tompeates para diversas personas, en que les nacían algún regalo; de suerte que éstos pesaban más que el equipaje de la pareja, lo que era un abuso y una impiedad.

Eran las doce de la noche y no se acababa de arreglar la marcha de aquel. A la una se comenzó á disponer: vedlo quí.

Una capa azul, vueltas encarnadas de balleta, que le prestó el boticario.

Dos chaquetas de indiana morada y colorada de medio uso, pero bien almidonadas.

Tres cha'ecos, uno de indiana azul celeste y dos de cotona blanca.

Dos pares de pantalones, uno de piel de tuza de color verde, y otros de pana negra.

Tres camisas de crea, amburgo y cambaya de cuadros amarillos con grandes cuellos y randas.

Tres paliacates para la bolsa.

Tres mascadas encarnadas, amarillas, verdes, azules, de tafetán francés, que don Pedro, el que le hizo el préstamo, le dió á cuatro pesos.

Un sombrero negro de vicuña coetáneo de Iturrigaray.

Un levitón azul de paño de San Fernando, que obtuvo por donación del último subdelegado.

Equipaje de la señora: tres tápalos, uno de felpa, uno de burato, y otro de casimir, todos encarnados.—Siete tunicos, dos de coco, y los cinco de todos colores, aunque de diversos dibujos grandes.—Tres mascadas de la "India" como las de don Roque.—Dos pares zapatos de cordobán.—Seis id. medias de hilo.—Dos paliacates.—Un abanico, regalo de la mujer del subdelegado.—Una peineta de corona y cuatro chichas.—Un gorro de terciopelo negro, obsequio también de la mujer del subdelegado.

Unas cuatro camisas y enaguas blancas, con dos pares de mirriñaques para abultar obsequio moderno de la esposa del juez de letras.

Un colchón de cotence con cuatro sábanas de manta inglesa, dos almohadas con sus fundas de jamán y una colcha de lana de San Miguel.

Armas: Un bastón y un paraguá de marca, colorado, del juez de paz, que compuso hace diez años el sacristán.

Pertrechos de boca: Una canasta de tortillas y tamales de tres clases.

Un tompeate con pan, azúcar, café, y ocho tablillas de chocolate.—Otro idem con un pavo, cuatro gallinas, tres capones y un cuarto de carnero, todo cocido y con su correspondiente sal-pimienta y cebollas.

Una botella con catalán.

En acabar de disponerlo todo, amaneció, por lo que ya no hubo tiempo más que para ir á esperar la diligencia á la salida del pueblo. La conducción del equipaje era motivo de grandes reyertas con el matrimonio. Los chicos lloraban y los calmaban sus padres ofreciendo traerles mil cosas de México. En fin, el tiempo urgía, y don Roque y doña María Procopia hacen sus encargos y prevenciones á sus criados para que cuiden la casa y lleven recados á todos sus compadres.

Uno y otro se persignaron, y abrazando á sus hijos, que aunque púberes se deshacían en lágrimas, y dándoles un estrecho y último abrazo, se dirigieron al punto en que habían de subir al carruaje.

No les cabía el corazón en su cuerpo; les latía por temor ó pesar, y por alegría á la vez. En esto oyen el ruido de la diligencia, y tal era el ansia que tenían de subir á ella, que nada faltó para que los atropellase.

Al ver los pasajeros el lastre que el co-

chero les metía en ella, comenzaron á provocar un pronunciamiento; poco faltó para que estallase una guerra civil, ocasionada por los tompeates y envoltorios de la familia. El cochero con vivacidad y arte calmó los ánimos colocándolo todo en el pescante y cielo de la diligencia. Don Roque y su esposa entraron por último en ella; el susto y la velocidad del carruaje, apenas les permitía escuchar las risotadas de los pasajeros al ver la extravagante figura de aquella pareja, que se aumentaban cuando llenos de terror pánico en algún salto que daba la diligencia, querían asirse fuertemente y hasta con los dientes don Roque y doña Procopia. Ambos hacían mil gestos y rezaban la "Magnificat" y el Trisagio con una fe y fervor como si fuese su última hora. Mas no fué sólo esto, porque no acostumbrados á viajar en coche, y menos en diligencia, se marearon y su máquinas se descompusieron hasta el extremo que los pasajeros les cedieron los lados de las portezuelas. Cuando hubieron arrojado cuanto pudieron y quedó libre su estómago, la serenidad apareció en su semblante.

No hay idea de lo que algunos de los pasajeros, cócoras de profesión, ó por humor en aquella vez, les dijeron; uno para manifestar su erudición les hablaba en francés; otro en inglés, y les hacían preguntas inconducentes y triviales, por lo que pusieron don

Roque y doña Procopia unas caras de monarquistas chasqueados. Pero con el tiempo entró la calma, y después de ésta, se entablaron buenas relaciones, y hasta una conversación en que tenía parte el matrimonio; aunque á poco don Roque comenzó á enseriarse, á causa de que estaba celoso de su querida María, pues un maldito mozalvete comenzó á pellizcarla por burla, y ella se sonreía y ponía un tanto colorada. Las miradas que le dirigía don Roque al joven que estaba á su lado, estaban llenas de ira y despecho; pero afortunadamente se había llegado al punto en donde se iba á almorzar, y con esto se sofocó aquella tempestad que parecía próxima á estallar.

IV

LA MESA REDONDA

Parado el carruaje, bajaron los pasajeros, y don Roque dió la mano y después el brazo á su mujer, llevando en el otro los tompeates de su almuerzo que habían preparado. En el camino le hizo don Roque á su mujer amargas reconvenções y terminaron por contentarse.

Llegaron al comedor de la posta, y no quisieron sentarse á la mesa á tomar cosa alguna, temiendo pagar y hacer este gasto que les disminuiría su haber. Don Roque

cargó con sus tompeates y canastos, y suplicó le calentasen el almuerzo. Cuando regresó, ya su querida María Procopia se hallaba á un lado del joven y estaba alegre almorzando.

Llegar, ver aquello don Roque y echarle á su esposa una mirada de león, fué todo uno.

—Venga vd., amiguito, le dijo uno de los pasajeros, aquí hay un lugar, almuerce vd. y no tenga cuidado de lo demás.

—Venga, eche un trago de tapa larga.

—Señores, me ahogo si bebo á boca de botella.

—No decimos eso; que beba vd. de este vino.

—Yo no almuerzo.

—Sí, señor, cómo nos había vd. de hacer el desaire.

—Bebe, hijito; mira, ya me acabé este vaso.

—Sí, beba vd. que con él se entonará vd.

—Así se hace, exclamaron todos al ver que don Roque había vaciado el vaso.

—Yo brindo por la salud de don Roque, dijo el joven que estaba junto á doña Procopia.

—Yo nada entiendo de todas estas cosas, le replicó, y sus ojos centelleaban de ira.

Paróse el joven, y abrazándole, le dió otro vaso lleno de vino.

Don Roque con esto se tranquilizó, bebió y se puso á almorzar con bastante apetito. En esto trajeron lo que contenían sus tompeates, y todos los tamales los prodigó; pero no así con lo demás. Los vasos llenos de vino se vaciaban en manos de esposo y esposa, y si bien renació la jovialidad y buena inteligencia en el uno, en la otra por el contrario, el desdén. A la hora de la paga el semblante de don Roque se demudó completamente, le cobraba el mozo tanto por él como por su esposa, y por haberles dispuesto lo que traían en los tompeates. Don Roque se hacía sordo y como que nada entendía; su mujer chillaba de rabia de ver el chasco que les habían pegado los compañeros de viaje al convidarlos; y lo peor era, que ni ella ni su marido tenían fuera de su baúl sino lo muy preciso para el viaje, cuyos gastos habían calculado no ser mayores que lo que ahora les cobraban. Pasado un rato en que se divertieron los pasajeros, pagó uno por todos, y el alma se les volvió al cuerpo á marido y mujer.

Don Roque llenó de nuevo sus tompeates, y montaron otra vez en la diligencia, que volvió á partir con la velocidad con que arrancan casi siempre los caballos. Hubo otro rezo; pero á la mitad de la letanía la amable pareja estaba en un sueño el más profundo, que ni el ruido del carruaje, ni

el de las carcajadas, de ver sus cabezas en continuo movimiento, bastaban para hacerlos despertar, hasta que al pasar una zanja, el salto que dió la diligencia fué tan feroz, que tocaron con sus cabezas en el cielo de aquella, y doña Procopia gritó fuertemente, porque los dientes de la peineta se le habían introducido en su cráneo, y simultáneamente se mordió la lengua; y don Roque, no obstante su sombrero, se magulló la cabeza, y aunque le dolía bastante, más sintió aquel, por lo desfigurado que le quedó.

La conversación continuó, y más animada que antes, porque el vino había puesto alegres á todos, y especialmente á don Roque y á su mujer, que hicieron el gasto en todo el camino; pero antes de llegar á donde la diligencia hace jornada, ambos se apearon y se despidieron para otro día temprano.

Cuando entramos por la mañana en una diligencia, sin conocer los pasajeros, molestados por la mala noche, la madrugada, el frío, y porque otro sin urbanidad ni consideración se ha tomado el asiento que nos corresponde, nos ponemos de mal humor; pero cuando entran en ella pasajeros de contrabando y de fisonomías deformes, la incomodidad degenera en disgusto bien grande; mas éste se disminuye al fin por el trato, y más entre mexicanos, que somos

tolerantes por lo común, y esto hace que personas que nos molestan al principio, después las vemos con cierta indulgencia. Así sucedió con los pasajeros, compañeros de viaje de don Roque y su mujer, quienes aunque extravagantes, eran sencillos y buenos. Esto hacía que los viajeros los hubiesen visto partir con algún sentimiento, no sin alegrarse por otra parte, de no dormir en una misma pieza, por temor de los ronquidos de que habían dado grandes pruebas en el camino, acaso por su obesidad.

Los pasajeros se dirigieron á la posada, y el matrimonio fué sin saber bien el lugar á buscar otra, y en esto comenzaron sus nuevas penalidades, porque después de dar mil vueltas, llegaron á un mesón que todo el mundo conoce por su mal servicio.

Serías eran las reflexiones que hacían don Roque y su mujer, con quien no dejó de reñir por la primera vez, á causa de su familiaridad con el joven que había estado á su lado, y si no se hallasen á la mitad del camino, es seguro que se hubieran tal vez vuelto á su tierra, y acaso acaso, intentar en toda forma la acción de su divorcio. ¡Lo que puede una ilusión! Doña María Procopia, que era fea entre las feas, parecía á su marido una deidad; y lo que era una burla evidente de parte del joven tronera aparecía á los ojos de marido y mujer como galan-

teo. Pero este es el mundo, y así ha sido siempre, y en prueba de ello es, que yo uso de estas moralejas, que ya se hallan olvidadas.

V

AVENTURA Y LLEGADA Á MÉXICO

El sueño puso fin á las disputas de nuestra pareja, y muy temprano se levantaron, como que sin colchón, por haberse quedado en la diligencia, madrugaron, como contrabandistas, y se fueron al lugar en que debían esperar la diligencia. Afectuoso fué el saludo de sus compañeros de viaje, y en el resto de la jornada siguieron las escenas del día anterior. El humor de don Roque, por el placer de llegar á México, había mejorado un noventa por ciento, y el de su querida Procopia ni se diga; pero, ¡oh dolor! que en la última posta para llegar, se enferma la infeliz, y mientras que van á la tienda para tomar alguna medicina, parte la diligencia, y se encuentran sin los auxilios necesarios. Don Roque estaba desesperado y renegaba del día y hora en que había emprendido el viaje; lo que más le apuraba era su equipaje; su pérdida la suponía inevitable, porque quién sabe lo que haría de él el cochero; esto lo tenía fuera de sí; ya ni se acordaba de su mujer. Compadecido el ten-

dero, le procuró medios de continuar su viaje, ofreciendo don Roque el pagar luego que llegase á México.

A un cuarto de legua de la garita, les dijo el mozo que los conducía:

—Amo, antes de llegar á la garita deben vdes. besar las cadenas de las puertas y bailar allí; si no se quedan para siempre en México.

—¿Te acuerdas que esto mismo nos decían en nuestra tierra?

—Sí, y por lo mismo lo haremos, Procopia.

El malicioso criado, que era uno de esos ladinos, conoció luego la candidez de los viajeros, y como le habían instruido que era la primera vez que venían á México, les dijo esa vulgaridad, que entre esas gentes es un artículo de fe.

Cuando llegaron á la garita, don Roque y su mujer se iban á apearse del caballo y se disponían á cumplir con su obligación, y lo habrían verificado, si no hubiera sido porque el criado les dijo que eso sería después, por no estar allí el guarda mayor.

Restablecida doña Procopia con la vista de la capital, comenzó á preguntar por cuanto veía. Al ver la primera iglesia, preguntaba si era la Catedral. Don Roque, antes de que respondiese el criado, le decía, como si hubiese estado ya en la capital:

—No es esta, mujer; más adelante.

—¡Ay! ¡qué México! cuánta casa, cuánta ventana; pero lo que no me va gustando es la gente tan desatenta, que no saluda, sin embargo de que le doy los buenos días, decía doña Procopia.

—Deja, hija, en cada tierra es diverso el estío.

—Nadie me quita de que aquí es el Palacio, y esta iglesia es la Catedral; ahora sí.

—No, señora, le contestó el criado, esta casa es la Aduana, y esta iglesia el convento de Santo Domingo y esta otra casa, la ex-Inquisición.

—¡Jesús me ampare! pero ojalá la hubiera, que no vendría tanto hereje inglés como vienen á llevarse la plata del reino.

—Cállate, por Dios, mujer.

—¿Dónde estará una tienda de agua fresca para beber, que ya me abraso de sed?

—En cualquiera esquina; pero ahora es temprano.

—Alabo á Dios!

—¿Qué te sucede, Procopia?

—Mira, Roque; mira qué casas tan altas, y cuánta ventana con vidrios: esto es la gloria, esto es el cielo. Ay de mí! pobres de mis amados hijos. Vamos entrando á esta casa, que seguramente es de alguno de los amigos del señor Licenciado: ¿para qué hemos de ir tan lejos?

—No, vamos á ver la carga primero; des-

pués de eso iremos al mesón donde nos lleve el criado.

Al ver don Roque y doña Procopia la Catedral, no pudieron menos que pararse y exclamar: "¡Bendito sea el Señor!"

—De aquí sí no paso, voy á dar gracias á Dios, decía resueltamente doña Procopia.

—No paso por eso, le replicaba don Roque; después vendrás á rezar lo que gustes: acuérdate de nuestra carga.

Al fin llegaron al mesón, y como era día domingo, les fué fácil recobrar su equipaje, cuya conducción tuvieron que pagar de nuevo al cochero, por habérsela exigido en el despacho, lo cual fué un golpe mortal para don Roque, quien con su mujer quedó instalado en el mesón de Balvanera: los deseos de ambos quedaban satisfechos.—Mexicanos, podrían decir: ya nos tenéis en vuestro seno; ya estamos en la capital del grande Anáhuac.

ZULEY.



Un Secreto de Casada.

Mas todas las (cosas) que son reprobables, se descubren por la luz; porque todo lo que se manifiesta es luz. —SAN PABLO: Epis. á los corint., V, 13.

En un primoroso aposento de una preciosa casa del Puente de Alvarado, en la deliciosa México, engañando el tiempo estaba una afortunada pareja sentada junto á una mesa de elegante figura.

Para que no alegue ignorancia la apreciable lectora que se digne pasar sus ojos por estas líneas, de luego á luego diremos en pocas palabras que en la época del presente relato, hacía sobre cinco años que el señor don Esteban Ruijosa, adinerado negociante, y la linda Isabel Cabrera, unidos con matrimoniales vínculos, disfrutaban de